

Cultura a la contra:

La sonrisa vertical

El sexo —su imagen, más bien— florece desde hace un par de años por los rincones y esquinas del país. Preferiblemente es femenino, aunque también lo haya masculino y neutro en dosis más pequeñas. Como representación, palabra callada o murmullo soez, golpea desde los carteles de cine y desde los alegres quioscos de esta última etapa del franquismo en arrebato de piernas y nalgas mórbidas. Pero no por ello pierde su misterio, su prestigio de cosa oculta y de supersticioso tabú. Al contrario: parece que se hubiese colocado aún más velos, que esa misma superficialidad invasora no fuese más que otra máscara, otro recato bueno para ocultarnos las delicias verdaderas del cuerpo. Es un sexo desodorizado, plano y hasta chato. No se muestra, por ejemplo, nunca un pene en erección, y el acto sexual queda convertido a menudo —en su representación gráfica— en una mímica extraña por la que nunca podemos sentirnos concernidos.

Hasta ahora he hablado, claro está, de la representación comercial —algunos prefieren llamarla pornografía, que es lo mismo— del erotismo: de las múltiples revistas eróticas en papel couché —traducción: papel acostado—, de las infinitas secuelas cinematográficas de "Emmanuelle", de las funciones teatrales donde todos los actores aparecen desnudos y fingen orgías falsísimas... También se da otra representación del sexo más salvaje, que por lo tanto suele ser más reprimida por los dioses grises policiales: en los tebeos "underground", de producción y venta piratesca, donde es tratado con un desenfado a veces rayano en la desesperación, como por antítesis. O en la literatura "de calidad". Así, en la colección La sonrisa vertical, que dirige Berlanga para Tusquets; en ella, Eros es tratado de otra forma, se civiliza su desnudez. Ahí se nos exponen las once mil vergas de Apollinaire, nuestro santo patrono, o las memorias de cantantes alemanas precisas en su relación de coitos, o los diálogos filosóficos de un Alfred de Musset que se ha dejado en el guardarropa el catolicismo militante. La coartada intelectual desvela un erotismo mucho más excitante que la imaginaria de pacotillas. Se reedita a marchar forzadas al divino marqués, devolviéndonos el contacto con su maléfico discurso, y se nos permite incluso ver parte de la obra última de Pasolini, donde los cuerpos se relacionan entre sí y con su entorno de una forma libre y sin complejos. Lo malo es que a todo ello lo llaman "cultura", lo llaman "arte": le ponen otro velo, un corsé nebuloso que aprisiona al cuerpo. De seguir así, el sexo será solamente pasto para filósofos franceses.

A pesar de esta aparente floración, el sexo sigue siendo oficialmente reprimido: se cita judicialmente al editor de "San Reprimonio y las Pirañas", el tebeo de Nazario, por escándalo; en Madrid cierran un "sex shop", pretextando no sé qué ausencia de permisos gubernativos; "Saló" es secuestrada y prohibida en todo el territorio nacional por una censura que creíamos ya inexistente, y "El imperio de los sentidos", de Oshima, queda retenida en espera de que existan cines-ghetto —suponemos que con un kapo a la puerta— aptos para su representación. El sexo —el cuerpo y sus gestos precisos— sigue dando miedo, se le reconoce todavía su potencial subversivo y se le oculta en parte.

Sexo oculto, sexo culto, sexo inculto, cabalgan de nuevo. Y sigue existiendo otra forma de expresión sexual espectacular y viva: la que se expresa en las pintadas y en las coplillas populares. De la primera, podemos encontrar una buena antología en cualquier pared de servicio de caballeros. De la segunda, nos dan cuenta Amelia Die y Jos Martín en una "Antología popular obscena" que, prologada por Caballero Bonald, nos brinda Ediciones de la Torre. Es expresión del deseo de un pueblo largamente reprimido y que —con la ayuda del alcohol, o en la soledad de un retrete— dice la palabra impronunciable, hace el gesto tan largo tiempo querido: pintar una palabra, inventar un cuerpo. ■ EDUARDO HARO IBARS.



Alrededores de Gibrleón.

año, la jeringuilla de unos pocos señoritos listos.

Por de pronto, la esperanza —nuestra propia esperanza— se nos aviva al saber que este libro, compacto y redondo como un canto del Odiel, ha sido el más vendido en la Feria del Libro de Jaén. ■ BERNARDO DE ARRIZABALAGA.

TEATRO

Sevilla y su Teatro de Repertorio

En la lucha por los estables aparecen una serie de variantes intermedias, propias de la realidad de cada lugar y de la tenacidad, la imaginación y la trayectoria anterior de sus gentes de teatro. Hace un par de semanas nos referíamos a Valencia. Hoy queremos hablar del Teatro Repertorio de Sevilla, cuyo informe ha llegado a nuestras manos.

Interesa, además, el tema por doble razón: una, por el contenido y los argumentos de la propuesta; otra, por las críticas de que ha sido objeto en ciertos medios de información. Y ya se entiende que si intento expresar aquí mi discrepancia con tales críticas, lo hago sin ánimo polémico y sólo con el propósito de intervenir en un debate que me parece importante. ¡Ojalá que el teatro, despachado entre nosotros tan a la ligera, despierte a partir de ahora, obligado como está a modificar sus plan-

teamientos, el deseo de discutir sus posibles alternativas!

El Teatro Repertorio es un proyecto elaborado por dos grupos sevillanos, Esperpento y Mediodía. Ambos grupos constituyen, en unión de La Cuadra, la mejor y más continuada expresión del teatro independiente de la gran ciudad andaluza. Es decir, de un teatro "profesional", que ha pechado con las dificultades de todo tipo que la dictadura ofrecía a este tipo de grupos. Este es un primer punto importante, aunque a ciertos sectores conservadores, acostumbrados a menospreciar esta clase de esfuerzos —el "único" teatro aceptado por ellos era el que venía de Madrid, cabalgando sobre los grandes nombres y los montajes costosos—, les duela que se alcen ahora como la manifestación teatral "reconocida" de la ciudad. Importa, sin embargo, atenerse a los hechos. Y los hechos son que, salvando esfuerzos que no han persistido o trabajos de grupos que nunca pretendieron o consiguieron la profesionalidad, Esperpento, Mediodía y La Cuadra merecen, por lo que han hecho en Sevilla, en Andalucía, en el resto de España, e incluso, especialmente, en el caso de La Cuadra, en el extranjero, asumir la animación del Teatro de Repertorio sevillano. El que La Cuadra no esté y el proyecto lo afronten únicamente los otros dos grupos resulta, asimismo, razonable, puesto que es evidente que aquella no podría acoplarse, con varios espectáculos, al turno del repertorio.

Se plantea la nueva iniciativa —y el proyecto cuenta ya, según las declaraciones de su titular, con el apoyo de la Dirección General de Teatro— como un primer paso hacia el Centro Dramático regional. Sus líneas

sociales, económicas y artísticas están claras. Durante tres meses, exactamente del 2 de enero al 25 de marzo, ambas compañías cubrirán la programación del teatro Lope de Vega, ofreciendo "¿Qué negocio no es esta?", "Amor de don Perimplín con Belisa en su jardín", más un nuevo título, los de Esperpento, y "Farsantes y figuras de una comedia municipal" y "El bello Adolfo", y también una producción nueva, de Mediodía. Inmediatamente después, a lo largo de un mes, las mismas obras se presentarán en las ciudades más importantes de la provincia de Sevilla; luego, durante sesenta días, se llevarán en gira por las capitales andaluzas.

Cerrado como está el Lope de Vega durante un mes al año, y ocupado por el Teatro Repertorio a lo largo de tres meses, quedan, en realidad, ocho meses libres en los que cabe programar todos los espectáculos

valioso que sea posible llevar a Sevilla. La idea de que Esperpento y Mediodía pueden, por el hecho de ocupar durante tres meses el Lope de Vega —con seis títulos—, impedir la llegada a Sevilla de compañías de interés, es difícil de mantener. Primero, porque quedan ocho meses libres; y, segundo, porque esa argumentación supone poco menos que la condena de todos los teatros de repertorio que existen en el mundo, cuya programación rotativa se anuncia en los comienzos de cada temporada. Por lo demás, ¿qué sentido tiene condenar una iniciativa tan seria como esta de Esperpento y Mediodía, la primera que se ha planteado la utilización cultural del Lope de Vega, en nombre de hipótesis puramente teóricas? El que luego la experiencia resulte perfecta es algo que no deberá sorprender a nadie; es uno de los valores de la iniciativa.

No es difícil adivinar, por lo



demás, que en la oposición de ciertos sectores al Teatro Repertorio existe un claro trasfondo político. A la derecha le duele

que la experiencia esté en manos de dos grupos cuya línea de actuación se definió durante años por su lucha contra la dictadura. Pero, ¿qué otros grupos podían hacerlo? Donde haya equipos teatrales serios, que hayan acreditado años de trabajo, de itinerancia, de voluntad de comunicación popular, al servicio de la derecha, que levanten el dedo...

A Rafael Pérez Sierra, el director general de Teatro, le espetaron la pregunta en Sevilla, cuando estuvo allí para anunciar la creación del Teatro Repertorio. Su respuesta a la denuncia de la "ideología política" de Esperpento y Mediodía fue tajante: "No sé nada sobre ese punto ni tengo por qué saberlo. Las verdades son las que cantan y estos grupos tienen una historia en cuanto a experiencia teatral que es lo que realmente interesa. Además, el sentir democrático tiene que estar en el espectador".

Realmente, tiene razón Pérez Sierra. ¿Cómo es posible que quienes han controlado el Lope de Vega durante cuatro décadas vean en peligro la democracia porque no lo van a mangonear durante tres meses? ¿Cómo aceptar el valor de sus criterios culturales a la vista de lo que han hecho, cuando todo estaba en sus manos, por el teatro sevillano?

Digamos, finalmente, que el presupuesto del Teatro Repertorio —quince millones— deben cubrirlo a terceras partes entre el Estado, los entes locales y los ingresos de taquilla. ■ JOSE MONLEON.

Lozano, en la Academia

El domingo 5 de noviembre, el pintor valenciano Francisco Lozano pronunció su discurso de entrada en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Cubría la vacante producida por la muerte del también pintor José Aguiar, a quien, en su dis-

curso, Orden y claridad de un paisaje llamado Mediterráneo, dedicó un cálido recuerdo. "Mi actitud como pintor —dijo Francisco Lozano— frente a esta locura de luz y soledades fue, desde el primer momento, una decidida reacción hacia el orden y la

claridad. Un rigor cuaresmal, que me llevaría, algunos años más tarde, a una apasionada búsqueda que hiciera posible el rescate de esta hermosa y bella franja del paisaje mediterráneo".

Su discurso fue contestado por el arquitecto Fernando Chueca Góitia, para quien "el intelectualismo de Francisco Lozano no es el de convertir la pintura en vehículo de mera ilustración de un tema o sujeto. Está su intelectualismo —añadió— más cerca de aquello que expresara Leonardo da Vinci diciéndolo que la pintura es cosa mentale, lo cual quiere decir que no pinta bien sino el que piensa, y mejor el que piensa bien, aunque, en el momento de pintar, ese pensamiento se convierta ipso facto en materia pictórica, en pintura pensada, no en el pensamiento pintado..."

El nuevo "inmortal" accede a la Corporación cuando ya "su" paisaje mediterráneo, "locura de luz y soledades", está a punto de sucumbir bajo la ciega piqueta del urbanismo. De ahí que Chueca le formulara una acuciante invitación: "Yo le pediría que nos ayude a la defensa de nuestro patrimonio cultural, arquitectónico y paisajístico. Lozano no es nuevo en estas lides". ■



Un réquiem por Pablo Neruda

Curiosamente, durante unos días, el Centro Cultural de la Villa de Madrid se ha convertido en un instrumento expresivo de la realidad latinoamericana. Y digo curiosamente porque se ha producido un poco por sorpresa, sin ese tipo de material complementario y de mentalización que dieran al acontecimiento, como tal, y no como simple suma de trabajos, orden y profundidad.

Pero vaya lo uno por lo otro. Y con la crítica al Centro Cultural por no haber explicitado y complementado esa confluencia del teatro latinoamericano, la felicitación por tener a un tiempo en sus tres salas los nombres de Miguel Ángel Asturias, Pablo